

Maestros y camaradas.

Miguel de Unamuno.

La pereza ó la envidiosa malquerencia— dos vicios muy extendidos en nuestro periodismo —pretenden esconder el nombre de Unamuno en un rincón de silencio, aislarlo y sustraerlo á la curiosidad del público. Tácitamente nos hemos conjurado todos para no hablar de él ni de sus libros, y cuando el remordimiento ó el natural anhelo de reparar una tremenda y vituperable injusticia nos trae su nombre á la pluma, nadie le reconoce y le alaba como lo que es, ante todo: el pensador más genial y más rico de savia que escribe en lengua castellana.

Le llamamos el docto catedrático, como á un Brieva Salvatierra cualquiera, y nos quedamos tan tranquilos. Y es que aquí nadie quiere saber quién es su compañero, nadie quiere penetrar en el espíritu del hombre que tiene á su lado. ¿Unamuno es catedrático y literato? Pues pongámosle á la par con Sánchez Moguel, apliquémosle la medida de estimación que hemos otorgado á este oleaginoso orador y catedrático, y eso nos libra de zahondar en nuestra conciencia buscando un asilo para Unamuno el filósofo, el poeta y el humanista. Los más de los escritores no distinguen la mentalidad de Unamuno de la fantasía de Sánchez Moguel. Y como, por otra parte, el ilustre autor de *Paz en la guerra* no tiene parientes ni afines en la literatura española, nuestra pereza, falta de guía y asidero, ha renunciado á definirle.

Quizás aparentemos olvidarle porque no nos sentimos con amor y penetración bastantes para sumergirnos en su espíritu y en su obra. La inquietud intelectual de Unamuno nos desconcierta un poco. Tememos que su pensamiento sea para nosotros inabordable. Hemos leído páginas suyas de una hondura, de un jugo poético y de un humorismo acre y duro, como el humorismo que se desprendía de la pluma de Erasmo, que nos han dejado conmovidos, cavilosos y turbados. El pensador removía impasible todo nuestro fondo sentimental, nuestras creencias y nuestras supersticiones secretas; maltrataba desdenosamente nuestros más firmes y amados prejuicios, y se iba luego con la indiferencia de quien ha practicado una operación quirúrgica en un hospital.

De Unamuno conservo esos recuerdos intelectuales que son los que más traban al lector con el literato. Ha deshecho ídolos que yo adoraba, se ha reído de creencias mías, ha violado rudamente preocupaciones que estaban adheridas á la roca de mi espíritu y que yo supuse inarrancables; en una palabra, me ha saneado por dentro. No me ha privado de la fe ni me ha hecho prorrumpir en quejas pueriles por lo que me arrebató. Mi fe, lejos de disiparse, se ha trasladado á otras divinidades menos deleznable y á otros altares más augustos. La constancia en los amores es una virtud burguesa muy ponderada en las novelas de folletín; pero que rara vez arraiga en las almas ávidas de vivir.

He amado libros que hoy me dan tedio y he sentido arrebatos de pasión por ideas y cosas que ahora me dejan indiferente. Y es que nuestra inteligencia, como el planeta en que vivimos, ha pasado por diversos períodos y edades sucesivos. Hay espíritus, sin embargo, que se quedan definitivamente en la etapa precambriana; esto es, en la edad de los fósiles...

¿Quién es Unamuno? ¿Qué se propone? Un innovador, un gran cerebro en una tribu, una palmera en un arrenal. Este hombre ha hecho el viaje al través de todas las filosofías, de todas las utopías, de todas las mentiras sociales y religiosas con que los pensadores se proponían labrar nuestra ventura. Ha dialogado de igual á igual con las más altas y preclaras inteligencias del mundo; quizás haya disputado con ellas, y en muchos casos las haya vencido.

Sin saber por qué, me figuro á Unamuno cortejando á una nueva fe por la mañana, desposándose con ella á mediodía y repudiándola al anochecer. Lo que no flaquea en él es el entusiasmo, el ardimiento espiritual, el calor que incuba las grandes obras. Resultado de ese noble ardimiento, de esa penetrante actividad de su gran inteligencia, han sido dos libros definitivos: *Paz en la guerra* y *La vida de Don Quijote de la Mancha*. No hay en España ingenio más ágil, más sutil, más complicado, multiforme y contradictorio que el de Unamuno. Se habla con él, y su palabra nos impone silencio.

Su elocuencia viaja de unas en otras ideas con tan atrevido ímpetu, que no la podemos seguir. Sus libros se caerán de las manos de la gente frívola, que teme la intranquilicen removiendo el légamo de majaderías y de lugares comunes que cada español educado á la antigua esconde en su cerebro. Los espíritus emancipados, los que osan mirar frente á frente á la verdad, aun cuando su osadía les fuerce á inmolar sus fe y sus más caras preocupaciones sentimentales ó intelectuales, aman á Unamuno y le respetan como amarían y respetarían á Schopenhauer y Nietzsche, esos bravos aventadores de mentiras.

¿Es popular en España? No. En América, sí; en Inglaterra se le admira, y en Francia, inteligencias filosóficas muy encumbradas le tienen por su igual. No es popular Unamuno. No podrá serlo jamás, porque la popularidad es un parentesco entre el autor y el público que nuestro filósofo no contraerá nunca. Por muy despacio que vaya él y por muy de prisa que vayamos nosotros, siempre nos llevará una gran ventaja. Contentémonos con seguir el luminoso rastro que va dejando su pensamiento en el ambiente nacional.

16-IX-1905 Manuel BUENO.

El Heraldo de Madrid

publica en sus números diarios cuatro, seis ú ocho páginas de lectura, según lo exigen los sucesos de actualidad.